

PASTORAL

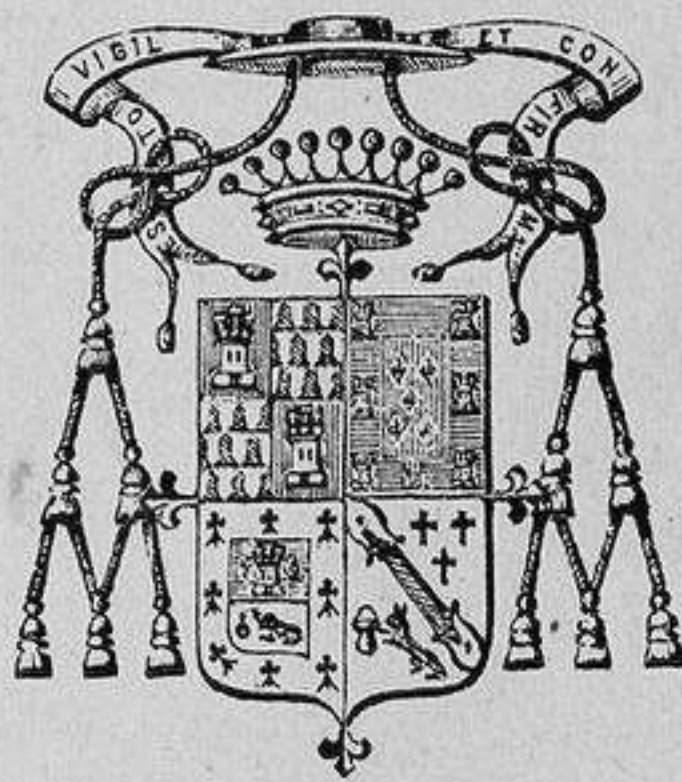
DEL ILMO. Y RMO. SEÑOR

D. FR. RAMÓN MARTÍNEZ VIGIL

DE LA ORDEN DE PREDICADORES

OBISPO DE OVIEDO

CON MOTIVO DE SU ENTRADA EN LA DIÓCESIS



MADRID

TIPOGRAFÍA DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS

Juan Bravo, 5 (barrio de Salamanca).

MDCCLXXXIV

A. 13881209003

PASTORAL



DON RAMON MARTINEZ VIGIL

ORDEN DE CANTON



M. VIGIL

ORDEN DE CANTON

ORDEN DE CANTON



EL DR. D. FR. RAMÓN MARTÍNEZ VIGIL

DE LA ORDEN DE PREDICADORES, POR LA GRACIA
DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO
DE OVIEDO, CONDE DE NOREÑA, ETC., ETC.

*Al venerable Deán y Cabildo de la Santa Iglesia Catedral
Basílica, Abad y Cabildo colegial de Covadonga, al clero
secular y regular de la diócesis, á las religiosas y fieles
de la misma, firmeza en la fe y aumento en la caridad de
Nuestro Señor Jesucristo.*

I

Esto vigil et confirma.

(Apoc., cap. III, vers. 2.)

Os saludo cordialmente, mis amados diocesanos é hijos en Jesucristo, al pisar — después de veintiséis años de ausencia — el suelo natal, con el deber sagrado de ocuparme en vuestros intereses eternos, y paso á satisfacer á una legítima curiosidad de vuestras almas.

Numeroso pueblo había abandonado las ciudades y

corrido al desierto para contemplar la figura interesante del Precursor; á su vuelta preguntóles el Divino Maestro: *¿Qué salisteis á ver en el desierto*¹? Parece que puedo haceros la misma pregunta: ¿Qué habéis visto en las avenidas de la ciudad, y en las naves de la basílica, adonde acudisteis con impaciente afán? *Quid existis videre?* ¿Algún hombre vestido de ropas delicadas? Mas los que *visten preciosas ropas y viven en delicias, en palacios de reyes están*², y el acento de mi voz, y la sencillez de mi lenguaje, os habrá ya convencido de que no pertenezco á la raza de los cortesanos, sin que sean bastante á ilusionaros algunos pedazos de seda que la costumbre, y no el afecto á ornato profano, une á las vestiduras sagradas.

¿Qué es, pues, lo que salisteis á ver? *¿Una caña agitada por el viento*³? La caña, balanceándose graciosa al impulso de toda brisa, luciente y agradable en el exterior, é interiormente hueca y vacía, es el emblema del hombre del siglo, ataviado con el barniz brillante de una educación mundana, y con la perspectiva de modales distinguidos, que encubren la inconsistencia del carácter y la ausencia de las doctrinas. Pliégase su movilidad á las exigencias del favor, y obedece á los vientos de la opinión. ¡Tan inane se encuentra, y tan vacío de espíritu y de voluntad⁴! ¿Buscáis también

1 San Lucas, cap. vii, vers. 24.

2 Ibid., cap. vii, vers. 25.

3 Ibid., cap. vii, vers. 24.

4 San Hilario, *Comment. in Matth.*, cap. xi, vers. 4.

vosotros á un hombre ignaro en el conocimiento de Dios, y flotante á merced de todo hálito impuro?

No, ciertamente; porque más conocedores que los israelitas de los caminos del Señor, sabéis muy bien, hermanos é hijos míos, que ya no hemos de ser *niños fluctuantes, ni dejarnos llevar aquí y allá por todos los vientos de opiniones impuestas por la malignidad de los hombres, sino que debemos aspirar al estado de varón perfecto según la plenitud de Cristo*¹; y movidos por ese sentimiento pío, habéis salido á recibir á vuestro obispo, al enviado de Dios, que viene con el deber de velar sobre vuestra firmeza en la fe y vuestro crecimiento en la caridad². Soy, pues, en este orden sobrenatural y divino vuestro inspector, y seré con la gracia de Dios vuestro padre y vuestro pastor. Os amaré á todos con amor entrañable, os guiaré y os apacentaré como el buen pastor conduce y apacienta á su rebaño. Mi deber y mi dicha se cifrarán desde hoy en el cumplimiento de esa doble misión, que, si encuentra dificultades, allanarse hán con vuestra afición y vuestra piadosa y proverbial docilidad. De ellas encuentro ya una prueba consoladora; pues diciéndome el Espíritu Santo que *mire al semblante de mi rebaño*³, en él acabo de leer la robustez de vuestra fe y la ternura de vuestra piedad. Bien pudiera exclamar

¹ *Ad Ephes.*, cap. iv, vers. 13 y 14.

² Oportet episcopum curare ne peccet populus quia ipse est speculator. — *Const. apost.*, II, 18.

³ *Proverbios*, cap. xxvii, vers. 23.

con el Apóstol que, á pesar de la oscuridad de mi nombre y de mi nacimiento, *no me despreciasteis, ni me desechasteis; antes bien me recibisteis como á un ángel de Dios, como al mismo Jesucristo*¹. Es verdad, hermanos é hijos míos, que constreñido á tomar sobre mis hombros un peso superior á sus fuerzas, siento desde hoy latir por vosotros lo que la Santa Escritura llama entrañas de paternal y pastoral dilección, y que no me costaría esfuerzo de ninguna clase el hacer por vosotros todo género de sacrificios.

Empero ¿se limitan á esto las obligaciones de un obispo? Su nombre significa vigilante², porque desde el elevado puesto al cual Dios le ensalza, es centinela de la verdad, defensor de los derechos de la Iglesia y guardian de las almas. Oficios que el Espíritu Santo compendió en dos palabras dirigidas á uno de ellos: *Sé vigilante y confirma*³. *Esto vigil*, inspecciona, amonesta, corrige tus defectos y los defectos de los otros, evita los escándalos y extirpa los errores; *et confirma*, y alienta á tu rebaño en la fe y en la práctica de las virtudes, para que por tu incuria no muera espiritualmente. Palabras significativas que entrañan la extensión de los deberes de un prelado.

Si, pues, esperáis de mí que sea un hombre de paz, de conciliación, de condescendencia, de caridad, no os

¹ *Ad Galat.*, cap. iv, vers. 12.

² Ἐπίσκοπος, inspector. Quod graece episcopus, hoc latine superintendor interpretatur. — San Agustín, *Enarrat. in Ps.* 136.

³ *Apoc.*, cap. iii, vers. 2.

engañáis: con la gracia de Dios seré todo esto en medio de vosotros: *Todo para todos, para salvaros á todos*¹. Empero á esto no se limitan mis obligaciones, y podrá suceder que las circunstancias me impongan otras que no presumáis por el momento.

Como obispo soy entre vosotros el cónsul de la Majestad Divina, el embajador y el encargado de los negocios de Dios. Si el nombre del Rey, mi Señor, es ultrajado; si la bandera de su Hijo Jesucristo no es respetada; si los derechos de la Iglesia y de su sacerdocio son desconocidos; si la integridad de la doctrina se ve amenazada, mi deber, como atalaya de la casa de Israel, es dar el grito de alarma, levantar la voz y mantener inhiesto el estandarte de la verdad, el estandarte de la verdadera libertad, que es el estandarte de la fe, el estandarte de mi Dios. Los pusilánimes acaso se asusten, los espíritus faltos de convicciones quizá se escandalicen; por eso quiero desde hoy abriros mi corazón y hablaros con santa libertad, porque no podéis figuraros, hermanos é hijos míos, la abundancia de caridad en que mi corazón se desborda.

La paz es sin duda alguna el deseo ardiente de mi alma, la necesidad de mi naturaleza, la inclinación saliente de mi carácter; mas el Espíritu Santo me enseña que el amor de la verdad ha de colocarse por encima de cualquiera otro amor, aun por encima del amor de la paz: *Veritatem tantum et pacem diligite*²; y en el

¹ *I Ad Corinth.*, cap. ix, vers. 22.

² *Zacar.*, cap. viii, vers. 19.

día de mi consagración episcopal hánse cantado sobre mi cabeza estas significativas palabras: “Que ame la verdad, y que no la abandone jamás vencido por el temor ó la lisonja ¹.„ La sociedad ha experimentado que el error es fecundo en calamidades; tened, pues, confianza en el ministerio doctrinal que la Providencia me ha confiado; resolveos desde hoy á respetar mis palabras y mis actos, aun cuando acontezca que no alcancéis el motivo que los determina; dejadme poner á salvo los principios y las causas de las consecuencias y de los efectos, á los cuales concedéis tanta estimación; permitidme que trabaje por vosotros, á pesar vuestro algunas veces, y recordad que el pastor que vigila desde la cima del collado ve más lejos que las ovejas recostadas blandamente en la planicie.

1 Veritatem diligat, neque eam nunquam deserat, aut laudibus aut timore superatus. — *Pontif. Rom. De Consecr. Episcopi.*

II

Y comenzando á cumplir ya con una parte principalísima de ese ministerio doctrinal, sea objeto de esta Pastoral la primera de las virtudes cristianas: la fe.

Vosotros no ignoráis que el hombre, flor de un día, que á la mañana se abre y por la tarde se marchita y seca¹, no ha sido colocado por Dios sobre la tierra para que la beneficie solamente durante esa existencia efímera. Es su misión más sublime, más noble, más consoladora. Tiene un fin que no consigue en el tiempo, porque ha de perpetuarse en la eternidad, y á ese fin, que es la verdad absoluta y la bondad suma, único objeto que puede llenar la capacidad de su inteligencia y la sed de su corazón, no se llega más que por la profesión y la práctica de la verdad revelada. Para con Jesucristo, dice el Apóstol, *nada importa el ser circunciso ó incircunciso, sino la fe que obra animada por la caridad*². *El incrédulo no verá la vida*

¹ Isaías, cap. XL, vers. 6.

² *Ad Galatas*, cap. v, vers. 6.

eterna, sino que la ira de Dios permanece siempre sobre su cabeza ¹.

¡Admirable armonía la de la creación! exclama el Angélico Doctor Santo Tomás de Aquino ². Pues así como los astros, para su perfección, obedecen á dos impulsos: al de la gravitación universal y al de su propia gravedad, y como el agua del océano, aparte de las leyes de su propia pesantez, cumple exactamente con las del flujo y reflujo que le imponen agentes superiores, así el hombre que conoce la razón universal del sér y del bien, y participa por ende de la divina bondad, tiene para con Dios, aparte de su dirección personal, una dependencia especial que puede compararse á la del discípulo para con el doctor. Y por eso la perfección del hombre consiste en la perfección de la ciencia, en la comunicación de la ciencia divina, á la cual se llega por la fe en la palabra de Dios que se la enseña: *oportet addiscentem credere* ³. ¡Virtud nobilísima la de la fe! No sólo ensancha el horizonte de los humanos conocimientos, descubriendo los misterios del orden sobrenatural, indispensables para la salud eterna, sino que facilita y pone al alcance de las inteligencias más vulgares un cúmulo de verdades del orden natural que serían, sin ese auxilio poderoso, conocidas de muy pocos, después de largas vigiliias y no exentas de graves extravíos ⁴.

1 San Juan, cap. III, vers. 36.

2 Secunda secundae, c. II, a. 3.

3 Arist., *Elench.*, lib. I, cap. II.

4 Sto. Tom., *Summ. cont. Gent.*, lib. I, cap. IV.

“*Sin esta fe es imposible agradar á Dios* ¹,” porque ella es, prosigue el Apóstol, *la sustancia de las cosas que se esperan y un convencimiento de las cosas que no se ven* ². La *sustancia*, es decir, la base, el comienzo, el fundamento de las cosas que esperamos, el supuesto de toda la economía espiritual, lo único que permanece después del naufragio del pecado, como la sustancia corpórea es el sujeto de los accidentes y sobreexiste á su destrucción. *De las cosas que se esperan*, porque es condición de la fe el ocuparse en cosas ausentes, que ella presenta en cierta manera á nuestra mente, inclinándonos á su consecución. *Maximum fidei stipendium est sperare quae nescias* ³. Y la autoridad de Dios que revela, y los motivos de credibilidad que hacen moralmente evidente el hecho de la revelación, engendran en el ánimo del creyente ese *convencimiento inquebrantable de las cosas que no se ven*.

Tal es, amados hermanos é hijos míos, el don celestial, principio de dones más inefables aún, que estoy llamado á cultivar entre vosotros á fin de que no se pierda por falta de fe ni una sola alma de cuantas el Señor confía á mi solicitud pastoral. Todos habéis recibido, todos profesáis esa fe, luz divina que ilustra interiormente al hombre, para que asienta á las verdades que Dios ha revelado, y que la Iglesia católica propone

¹ *Ad Hebr.*, cap. xi, vers. 6.

² *Ibid.*, cap. xl, vers. 1.

³ S. Hilario, lib. viii *De Trinitate*.

como transmitidas por las divinas Escrituras ó por la tradición apostólica.

Empero si, como habéis visto, la fe que salva es la fe que obra animada por la caridad: *Fides quae per charitatem operatur*¹; si vemos con dolor de nuestras almas que esa fe languidece en el seno de muchas poblaciones, y que esta nación nobilísima de España, que en alas de sus creencias ardientes y vigorosas habíase levantado hasta formar á la cabeza de todas las naciones, se ve hoy postrada y humillada por haberse debilitado en ella la acción de la fe, ¿será mucho que yo pida de vosotros que pongáis un dique á la invasión del mal, y que con la vivacidad de vuestra fe aseguréis vuestra salud, cerrando las avenidas de vuestro corazón á la indiferencia religiosa, al escepticismo y á la incredulidad que llaman á todas sus puertas con insistencia, digna de mayor causa? ¿Será mucho que yo exija de vosotros que, ya que tenéis fe, viváis en consonancia con esa fe y animéis vuestras obras con la vida de la fe? El justo, enseña San Pablo, vive de la fe: *Iustus ex fide vivit*². ¿Y qué es vivir de la fe? La vida se conoce por las operaciones vitales: vivir de la fe es no pensar, ni querer, ni obrar, sino según las inspiraciones de la fe. Es no tener otra regla en los juicios que la verdad de Dios; en las afecciones, que la caridad de Dios; en las obras, que la voluntad de Dios. Es comenzar á obrar en nosotros la *transformación divina que ha de*

¹ *Ad Galat.*, cap. v, vers. 6.

² *Ibid.*, cap. iii, vers. 41.

*consumarse en la gloria, marchando de claridad en claridad, como iluminados por el Espíritu de Dios*¹; transformación de la inteligencia por la conformidad de miras; transformación de la voluntad por la conformidad de afectos.

El hombre de fe sabe que la salud de las almas es el objeto de los pensamientos eternos de Dios; que la dicha de los escogidos es el medio por el cual hace el Señor ostentación de su gloria, y que cuantas vicisitudes se suceden y llenan los anales de los pueblos, y que cuantas revoluciones modifican los imperios, dan ó rompen cetros y coronas, van dirigidas por la Providencia, ó toleradas para la consumación de los santos. De manera que los resortes de la política, las intrigas de la ambición y las combinaciones de la prudencia humana son á sus ojos un velo asaz transparente para permitirle descubrir esa acción amorosa que tolera el mal porque saca de él bienes mayores²; é inquebrantable en esta fe, no pone su confianza en las criaturas, sino en cuanto éstas la ponen en Dios: — *No queráis confiar en los poderosos, en hijos de hombres, los cuales no tienen en su mano la salud*³.

Verdad poco meditada por algunos cristianos, que hacen del hombre el objeto primario de su esperanza y de su amor, relegando prácticamente á Dios á segundo término. ¿Por ventura no puede Dios asegurar el triunfo

1 *II Ad Corinth.*, cap. III, vers. 18.

2 Santo Tomás, 1.^a p., c. 2 a. 3.

3 Salmo CXLV, vers. 2.

de su Iglesia sin el concurso de un brazo armado? ¿O han de faltarle á la sociedad de los santos las palabras de vida eterna y las promesas de inmortalidad? *Hombres de poca fe*¹, oid las palabras de un profeta que era rey: *Vana es la salvación que viene de parte del hombre. Con Dios haremos proezas, y El aniquilará á nuestros enemigos*².

Elevado el justo por la fe á esta altura de miras, domina los acontecimientos humanos que *contribuyen siempre al bien de los que aman á Dios*³, y permanece sereno ante la continua movilidad de hombres y de cosas, porque su confianza reposa en la verdad divina. A Dios dirige los suspiros de su alma, y de Dios recibe los castigos con sumisión, los beneficios con reconocimiento, porque Dios es *quien lo hace todo en todas las cosas*⁴, y los hombres los ejecutores de la voluntad del cielo. Tales eran los sentimientos de Job en medio de sus desdichas y del casto José en su destierro⁵.

1 San Mateo, cap. VIII, vers. 26.

2 Salmo LIX, vers. 13 y 14.

3 *Ad Rom.*, cap. VIII, vers. 28.

4 Qui operatur omnia in omnibus.—*I Corinth.*, cap. XII, versículo 6.

5 Job, cap. I, vers. 21; *Genes.*, cap. XLV, vers. 5.

III

Semejantes han de ser los pensamientos que regulen la conducta del hijo de la ley de gracia, no sólo en los acontecimientos públicos y ruidosos, sino en las circunstancias todas de su vida, en sus prosperidades y en sus desgracias, en sus alegrías y en sus dolores. Dios se ocupa con el mismo amor en la suerte de un niño pobre y desvalido, que en la de un vasto imperio. Oid como prueba unas palabras de los libros santos: El mismo Dios, que *libró á Israél, al pueblo justo, y al linaje irrepreensible de las naciones que le oprimían*¹, no desamparó al justo José, vendido por sus hermanos; antes lo libró de los pecadores, y descendió con él al hoyo; ni le desamparó en las prisiones, sino que le dió el bastón del reino y el poder contra aquellos que le habían deprimido; y convenció de mentirosos á los que le habían infamado, y procuróle una gloria eterna².

¹ *Sabiduría*, cap. x, vers. 15.

² *Ibid.*, cap. x, vers. 13 y 14.

Llegó más tarde la *plenitud de los tiempos*¹; el mundo contaba multitud de hombres célebres que le llenaban con el brillo y la gloria de su nombre. Era el siglo de Augusto, el siglo de la elocuencia, del genio, del poderío militar, y las predilecciones de la Trinidad beatísima, y los pensamientos del cielo se concentraron, no en esas grandezas de la tierra, sino en una pobre doncella que vivía desconocida en un rincón de Judea. El ángel la saluda *llena de gracia y bendita entre todas las mujeres*², y con ella trata Dios del misterio de la Encarnación del Verbo y de la regeneración del humano linaje.

Ni penséis, hermanos é hijos míos, que sólo las almas privilegiadas y los santos de virtudes heroicas son objeto de las atenciones amorosas de la Providencia. El Salvador nos hace ver, por el contrario, que nada se escapa á su ojo paternal. Hé aquí sus palabras: *¿No véis que dos pájaros se venden por un cuarto, y no obstante ni uno de ellos caerá en tierra sin que lo disponga vuestro Padre? Hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados. No tenéis, pues, que temer: valéis vosotros más que muchos pájaros*³. ¡Qué dulce confianza inspira al hombre justo esa certidumbre de la fe, de que todos los sucesos de su vida están dirigidos por un poder, una sabiduría y una bondad infinitas, sin que haya presunción en semejante

1 *Ad Galat.*, cap. iv, vers. 4.

2 San Lucas, cap. i, vers. 28.

3 San Mateo, cap. x, vers. 29, 30 y 31.

pensamiento! Dios mismo nos ha revelado estas verdades, añadiendo que nos ha creado para unirnos á sí, para adoptarnos en su hijo Jesucristo y para hacernos felices con su propia felicidad.

¿Con qué profunda compasión, amados hermanos é hijos míos, debéis de contemplar desde las alturas adonde os levanta vuestra fe esas rivalidades de amor propio, esas luchas de ambición y esas querellas sangrientas que dividen las fuerzas de muchos cristianos sólo por el prurito de obtener un poder ó una influencia efímera? ¿Con qué ojo habéis de mirar las grandezas humanas, ambicionadas y proseguidas por los hijos del siglo? Las riquezas, la protección, el favor, la popularidad, son bienes secundarios, que el cristiano acepta con reconocimiento, pero que no mendiga, degradándose de su condición nobilísima de heredero presunto del reino de Dios, ni desconsolándose porque no llegue á obtenerlos. Comprende su dignidad y la respeta; y mientras que el ambicioso se hace esclavo de mil señores tan sólo por asir una vana sombra ó por llegar á honores de un día, goza el hijo de Dios de la verdadera libertad, de la noble y santa independencia que le da la fe. Sabe que una sola gracia vale más que el universo entero¹, y que por cada acción que haga en caridad merece gracias para el tiempo y gloria para la eternidad. Y penetrado de este pensamiento, mide con una mirada la tierra, la compara con la inmensidad de sus deseos,

1 Santo Tomás.

y la encuentra demasiado pequeña; porque todos los honores del mundo no son precio bastante de los trabajos de que es Dios la recompensa infinitamente grande: *Ego merces tua magna nimis*¹. Cualquier gloria parece pequeña al que aspira á la gloria de Dios, sin afligirse porque el mundo no aprecie sus méritos, desconozca sus servicios, calumnie sus intenciones y pague con ingratitud sus sacrificios. ¿Por ventura se ha propuesto agradar á las criaturas ni conseguir sus recompensas? Sea Dios servido, merezcan nuestras obras la aprobación de Jesucristo y de nuestra conciencia, y podremos exclamar con el Apóstol: *Muy poco se me da el ser juzgado por vosotros, ó en cualquier juicio humano... pues el que me juzga es el Señor. Qui enim judicat me Dominus est*². A ese tribunal supremo hemos de apelar de las injusticias de los juicios de los hombres, de su indiferencia y de su odio, convencidos de que *es preciso pasar por medio de muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios*³, y de que *los sufrimientos de la vida presente no son de comparar con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros*⁴ para ser su premio; *las aflicciones tan breves y tan ligeras de la vida presente nos producen el eterno peso de una sublime é incomparable gloria, y así no ponemos nosotros la*

1 *Genesis*, cap. xv, vers. 1.

2 *I Ad Corinth.*, cap. iv, vers. 3.

3 *Act. Apost.*, cap. xiv, vers. 21.

4 *Rom.*, cap. viii, vers. 18.

*mira en las cosas visibles, sino en las invisibles. Porque las cosas que se ven son transitorias; mas las que no se ven son eternas*¹.

Porque no tenemos *aquí ciudad permanente*² los días de *nuestra peregrinación son cortos y trabajosos*³, y debemos procurar con todo el ardor de nuestras almas arribar á esa otra *casa no hecha de mano del hombre, y que durará eternamente, y suspirar deseando la sobrevestidura de la gloria*⁴. El corazón del cristiano *está en el cielo; Dios sólo es su tesoro*⁵. Así, la muerte es para él el fin del destierro, el principio de la vida y de la inmortalidad. *Porque mi vivir, dice aún el Apóstol, es Cristo, y el morir una ganancia*⁶. Sin duda, hermanos é hijos míos, el *estipendio del pecado es la muerte*⁷; *porque no es Dios quien la hizo*⁸, *sino que los impíos con sus hechos y palabras la llamaron*⁹, *y por la envidia del diablo entró en el mundo*¹⁰; mas para el justo, animado de fe viva y habituado á vivir de su fe santa, desaparecen esos puntos de vista, y no ve en la muerte más que la entrada en la verdadera tierra prometida, en la patria

1 *II Ad Corinth.*, cap. IV, vers. 17 y 18.

2 *Genes.*, cap. XLVII, vers. 9.

3 *Ibid.*, cap. XLVII, vers. 9.

4 *II Ad Corinth.*, cap. V, vers. 1 y 2.

5 San Mateo, cap. VI, vers. 21.

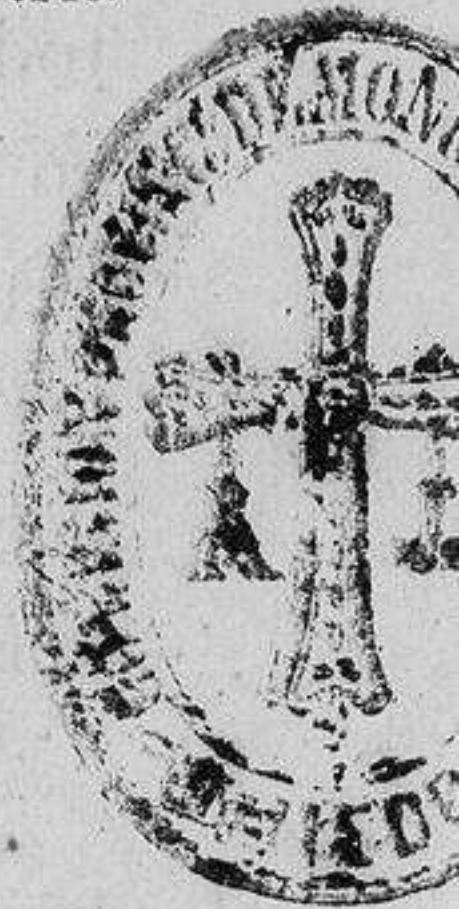
6 *Ad Philipp.*, cap. I, vers. 21.

7 *Ad Rom.*, cap. VI, vers. 23.

8 *Sap.*, cap. I, vers. 13.

9 *Ibid.*, cap. I, vers. 16.

10 *Ibid.*, cap. II, vers. 24.



celestial, el único medio para llegar á la dicha que constantemente le solicita.

Vosotros creéis todas estas verdades, porque todas están contenidas en las Santas Escrituras; empero, ¿os penetráis siempre de su espíritu y procuráis que vuestra vida sea el reflejo de vuestra fe?

¡Ah! Os alarmáis muchas veces, y con sobrado motivo, porque la incredulidad hace estragos en las masas, y porque un pueblo inculto y falto de fe en las recompensas celestiales ruge como las fieras de Numidia pidiendo su parte en el festín de la vida presente; y ¿no os alarma la *languidez de la fe* en las almas que conservan aún el depósito de las creencias católicas? Sin hablar de los cristianos que, ó no cumplen, ó cumplen de mala gana con los deberes esenciales é indispensables del Cristianismo, ¿cuántas almas hay que se creen piadosas, y cuya conducta, examinada á la luz de las verdades que acabo de apuntar, sólo tiene las prácticas exteriores de la piedad?

Todos creéis que Jesucristo es el Hijo de Dios, es Dios y hombre, *mediador entre los hombres y Dios*¹; todos le adoráis humilde y pobre en el pesebre, paciente en su pasión acerbísima y muerto en el leño de la cruz. ¿Creéis todos, sin embargo, que son bienaventurados los que son como Él pobres, los que lloran, los que padecen, los que tienen hambre y sed²? ¡Con cuánto afán huís del dolor y de las humillaciones, con qué asco

¹ *I Ad Timoth.*, cap. II, vers. 5.

² San Mateo, cap. v.

miráis la pobreza, y qué actividad desplegáis para amontonar riquezas y rodear de comodidades á una vida de pocos días! Y sin embargo, Jesucristo dijo: *¡Ay de vosotros los ricos, porque ya tenéis vuestro consuelo! ¡Ay de vosotros los que andáis hartos, porque sufriréis hambre! ¡Ay de vosotros los que veís, porque os lamentaréis y lloraréis!*¹ Dichosos seréis cuando los hombres por mi causa os maldijeren y os persiguieren, y dijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros; alegraos entonces y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos².

1 San Lucas, cap. vi, vers. 24 y 25.

2 San Mateo, cap. v, vers. 11 y 12.

IV

No os parezca demasiado, amados hijos míos, que os inculque estas verdades al verme llamado por Dios, aunque sin mérito propio de ningún valer, para regir la Iglesia ovetense¹. Los apóstoles, que fueron los primeros obispos de la grey cristiana, no infundieron otros alientos, ni inspiraron otros consuelos á los primeros fieles. *Carísimos*, les decía San Pedro, *cuando Dios os prueba con el fuego de las tribulaciones, no lo extrañéis como si os aconteciese una cosa muy extraordinaria; antes bien alegraos de ser participantes de la pasión de Cristo, para que cuando se descubra su gloria, os regocijéis también con Él llenos de júbilo. Si sois infamados por el nombre de Cristo, seréis bienaventurados: porque la honra, la gloria y la virtud de Dios y su espíritu mismo reposa sobre vosotros*². Pues el mérito está en sufrir uno, por respeto á Dios que le ve, penas padecidas injustamente... en esto está el mérito para con Dios; que para esto fuisteis

1 Act., cap. xx, vers. 28.

2 I Petr., cap. iv, vers. 12, 13 y 14.

*llamados*¹. Tened, hermanos míos, continúa Santiago, por objeto de sumo gozo el caer en varias tribulaciones; bienaventurado aquel hombre que sufre la tentación, porque después que fuere probado recibirá la corona de vida que Dios ha prometido á los que le aman². Ea, pues, ¡oh ricos! llorad, levantad el grito en vista de las desdichas que han de sobrevenirnos. Podridos están vuestros bienes, y vuestras ropas han sido roídas de la polilla. El oro y la plata vuestra se han enmohecido, y el orín de estos metales dará testimonio contra vosotros, y devorará vuestras carnes como fuego. Os habéis atesorado ira para los últimos días³. San Pablo pone el sello á esta predicación añadiendo: Se os ha hecho la gracia, no sólo de creer en Cristo, sino de padecer por su amor⁴; porque habéis de tener en vuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en el suyo: el cual, teniendo la naturaleza de Dios..., se anonadó á sí mismo tomando la forma de siervo, hecho semejante á los hombres, y... se humilló á sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz⁵. Sigámosle, pues, nosotros cargados con el improperio de la cruz⁶.

¿Os parece extraña esta doctrina? ¡Ah! Más pere-

1 *I Petr.*, cap. II, vers. 19, 20 y 21.

2 Santiago, cap. I, vers. 2 y 12.

3 *Ibid.*, cap. V, vers. 1, 2 y 3.

4 *Ad Philipp.*, cap. I, vers. 29.

5 *Ibid.*, cap. II, vers. 5-8.

6 *Ad Hebr.*, cap. XIII, vers. 13.

grina y hasta inconcebible habrá parecido al sentimiento carnal de los judíos y á la corrupción de costumbres de los paganos, á quienes los Apóstoles la predicaron; y sin embargo, esta palabra divina—que apenas encuentra hoy eco en muchas almas degeneradas—convirtió al mundo y *renovó la faz de la tierra*¹. ¿Os declararéis vosotros incapaces de soportar y de cumplir esas enseñanzas sublimes que San Pablo anunciaba sin vacilación á los neófitos que había apenas arrancado de las tinieblas y de las abominaciones del paganismo en que habían vivido? *Si vosotros, les decía, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas que son de arriba, donde Cristo está sentado á la diestra de Dios: saboreaos en las cosas del cielo, no en las de la tierra, porque muertos estáis ya, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando aparezca Cristo, que es vuestra vida, entonces apareceréis también vosotros con Él gloriosos. Haced morir, pues, los miembros del hombre terreno que hay en vosotros: la fornicación, la impureza, las pasiones deshonestas, la concupiscencia desordenada y la avaricia, que viene á ser una idolatría*². *Desnudaos del hombre viejo con sus acciones*³. *Renovaos en el espíritu de vuestra mente, y revestíos del hombre nuevo, que ha sido creado conforme á Dios en justicia y santidad verdadera*⁴.

1 Salmo CIII, vers. 30.

2 *Ad Coloss.*, cap. III, vers. 1-5.

3 *Ibid.*, cap. III, vers. 9.

4 *Ad Ephes.*, cap. IV, vers. 23 y 24.

¡Qué doctrina tan admirable la de esta regeneración espiritual que el hombre ha de intentar y llevar á cabo por medio de la fe y de la gracia! El citado Apóstol la resume en un solo versículo de su carta á los Romanos: *Por el bautismo hemos quedado sepultados con Cristo para morir, á fin de que, como Cristo resucitó de la muerte á vida para gloria del Padre, así también procedamos nosotros con nuevo tenor de vida*¹.

¡Lenguaje verdaderamente profundo! ¡Ser *enterrados* para *morir*! En muy pocas palabras se compendian la vocación del cristiano y la extensión de los deberes impuestos por la fe recibida en el bautismo. En el orden natural se entierra á los muertos; en el orden de la gracia somos *enterrados* con Cristo para *morir* al pecado. El bautismo es la sepultura espiritual del hombre viejo, la tumba donde ha de encerrarse para siempre la culpa. *Es preciso, hijos míos, que seamos ingertados en Cristo por medio de la representación de la muerte... haciéndonos cargo que nuestro hombre viejo fué crucificado juntamente con El para que sea destruído en nosotros el cuerpo del pecado, y ya no sirvamos más al pecado; porque el que ha muerto ya está libre del pecado. Si nosotros hemos muerto con Cristo, creemos que viviremos también juntamente con Cristo, sabiendo que Cristo, resucitado de entre los muertos, no muere ya otra vez, y la muerte no*

¹ *Ad Rom.*, cap. vi, vers. 4.

tendrá ya dominio sobre El. Porque ha muerto para destruir el pecado, y ha muerto una sola vez; mas en cuanto al vivir, vive para Dios. Así, pues, consideraos también vosotros como muertos realmente al pecado, y que vivís ya para Dios en Jesucristo, Señor nuestro¹.

El bautismo es la tumba del hombre antiguo; los que yacen en las tumbas están muertos; los muertos no pecan; luego el cristiano debe morir al pecado. Y de tal manera debe hacerlo, que no peque ya jamás; que muera á él de una vez para siempre, como Jesucristo murió una sola vez para destruirlo, y vive eternamente en la gloria de su Padre.

¹ *Ad Rom.*, cap. VI, vers. 5-11.

V

Resumiendo, hijos míos muy amados. Si teneis fe y ansiáis vivir de esa fe santa que os vivifique para la inmortalidad, es preciso que estéis muertos para el pecado, muertos para el mundo, muerto para vosotros mismos.—Muertos para el pecado: el apóstol San Pablo os lo ha inculcado con santa insistencia.—Muertos para el mundo. Oid al discípulo amado, al evangelista San Juan: *No queráis amar al mundo, ni las cosas mundanas; si alguno ama al mundo, no habita en él la caridad del Padre; porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida; lo cual no nace del Padre, sino del mundo*¹.—Muertos para vosotros mismos: *Si alguno de los que me siguen, dice Jesucristo, no aborrece á su padre y madre, y á la mujer y á los hijos, y á los hermanos y hermanas, y aun á su vida misma, no puede ser mi discípulo*².

¹ *I Joan.*, cap. II, vers. 15 y 16.

² San Lucas, cap. XIV, vers. 26.

*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y cargue con su cruz y sígame. Pues el que quisiere salvar su vida la perderá; mas quien perdiere su vida por amor de mí, la encontrará*¹. Es decir, que la familia y la vida misma han de ocupar en el corazón del cristiano un lugar inferior al del amor de Dios.

Si hacemos un paralelo con el desorden de nuestra vida y esas luminosas y precisas enseñanzas de la fe, encontraremos fundados motivos para estremecernos ante el porvenir que nos aguarda. Porque, lejos de estar nosotros *muertos*, resulta que ni queremos *morir*. El hombre viejo, que debiéramos haber enterrado en el bautismo, permanece lleno de fuerzas y de vigor, aun en las almas que tienen la dicha de abstenerse de pecados mortales, pero que vegetan frecuentemente en mil hábitos culpables de voluntaria resistencia á la gracia, de amor propio, de apego á las criaturas, al mundo y á la vanidad. No *procedemos con nuevo tenor de vida*²: creemos especulativamente, y nos conducimos como los paganos en muchas de nuestras obras. Años há que cumplimos exteriormente con todos los deberes del cristianismo, sin hallarnos, á pesar de esto, informados de su espíritu, puesto que los móviles de nuestros actos son vulgares y humanos, cual si no hubiéramos sido formados en la escuela del Evangelio. Las dignidades, los honores y las riquezas nos arrebatan

1 San Mateo, cap. xvi, vers. 24 y 25.

2 *Ad Rom.*, cap. vi, vers. 4.

poderosamente; plácenos el brillo del nacimiento y de la posición social; buscamos las distinciones y las alabanzas, y nos falta la humildad cristiana para conformarnos con la oscuridad, las privaciones y la dependencia de nuestro estado.

Aquella *discreción* que, según el testimonio de San Juan, *vino á darnos el Hijo de Dios*¹, se halla profundamente perturbada aun entre los fieles más edificantes. Complácense muchos ciertamente en ser asiduos al templo, en asistir á determinados ejercicios de piedad y en dar su nombre á hermandades y cofradías; pero el misterio de la crucifixión de Cristo, y de sí mismo con Cristo, es para ellos un libro sellado. Las humillaciones y los sufrimientos, verdadera piedra de toque de la piedad y devoción, es para esas almas piedra de escándalo; agrádales saborear las delicias del Tábor y rechazan de sus labios el cáliz del Calvario, y tiemblan y se asustan ante la posibilidad de un menosprecio ó de una sonrisa burlona. La adversidad, la contradicción, la calumnia, la pérdida de los bienes, de la reputación y de la salud, todas esas vicisitudes, en las cuales se han formado los santos y aprendido la sabiduría de la cruz, son pruebas contra las cuales se rebelan esas naturalezas débiles. Pretenden servir á Dios sin que les cueste ningún sacrificio, y enter necerse con los dolores de la pasión sin pensar siquiera en participar de ellos; y los reveses de la fortuna los encuentran tan poco prepara-

¹ *I Joan.*, cap. v, vers. 20.

dos como á los cristianos más tibios. Estremécense ante las revoluciones y tiemblan ante las epidemias, cual si no creyesen en la Providencia, ó como si abrigasen la arrogante pretensión de ser inmortales en la tierra. Y en sus conversaciones y en sus juicios y en sus empresas hablan, piensan y obran al tenor de las máximas del mundo, estiman lo que el mundo estima, llaman bienes y males á lo que el mundo designa con este nombre, y toda su vida es contradicción perpetua de las máximas del Evangelio, á las cuales rinden culto en teoría. ¡Plegue á Dios que su temeridad no llegue á tachar de indiscreto al ministro de la palabra santa, que ensaya en el púlpito ó en el confesonario llamarlos á la austeridad de la vida cristiana!

Cuando se intenta sondar el fondo de esas almas, virtuosas á primera vista, se ve con pena cuán lejos están aún de las vías de la perfección, y cuán opuestos son los pensamientos de su corazón á la esencia misma y al alma del Cristianismo. Practican obras buenas, ocúpense en ejercicios de piedad, frecuentan quizá los santos sacramentos, llevan una vida inmune de culpa grave, y carecen, sin embargo, de las primeras nociones de la vida espiritual. No comprenden la inmolación, no aman el sacrificio, no se renuncian á sí mismas; buscan ante todo y sobre todo la quietud, el sosiego, la bienandanza, y en sus proyectos de reforma y en sus planes de santificación se olvidan siempre del cimiento de toda edificación espiritual: de la muerte de la propia voluntad. No pensaba así el grande Apóstol. *Estoy muerto*, dice, *á fin de vivir para*

*Dios: estoy clavado en la cruz juntamente con Cristo. Yo vivo, ó más bien no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí; pues la vida que vivo ahora en esta carne la vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó á sí mismo á la muerte por mí*¹. Así se corresponde, hermanos é hijos míos muy amados, al beneficio de la redención; así se paga el amor de Jesucristo; así nos lavamos y somos regenerados en la sangre del Cordero: padeciendo generosamente por nuestros pecados, ya que el Hijo de Dios padeció por los ajenos. Si, por el contrario, insistimos en halagar nuestro amor propio; si en las acciones más santas nos buscamos y nos encontramos á nosotros mismos, apesar de nuestro exterior virtuoso y pío, más que imagen de nuestro amantísimo Salvador, seremos de aquellos cristianos de quienes San Pablo *hablaba con lágrimas; enemigos de la cruz de Cristo, cuyo paradero es la perdición, cuyo Dios es el vientre, y que hacen gala de lo que es su desdoro, afeerrados á las cosas terrenas.—Inimicos crucis Christi qui terrena sapiunt*².

¹ *Ad Galat.*, cap. II, vers. 19 y 20.

² *Ad Philipp.*, cap. III, vers. 18 y 19.

VI

Venerables sacerdotes, hermanos míos y cooperadores en el cultivo de la hermosa viña que el Señor nos ha confiado: ya véis cuán dilatado es el campo que se presenta á nuestra labor, y cómo crece en él la zizaña, que ahoga la fe, impide que fructifique la gracia, y os es denunciada por el catecismo con el nombre de mundo, demonio y carne. Son las tres grandes concupiscencias que alarmaban al discípulo amado: la concupiscencia de los ojos, la soberbia de la vida y la concupiscencia de la carne¹. Se ama desordenadamente á los bienes de fortuna, *al mundo*; el orgullo, la ambición, el dominio y la soberbia nos arrebatan, *el demonio*; y la gula, la embriaguez y la lascivia sumergen al cristiano en los placeres de la *carne*. Tres enemigos capitales del alma vencidos por Cristo en el desierto², y contra los cuales habéis de librar vosotros constantes batallas con vuestro ejemplo y con vuestra doctrina. — Con vuestro ejemplo: *Brille vuestra luz ante los hombres de manera que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen*

1 *I Joan.*, cap. II, vers. 16.

2 San Mateo, cap. IV.

á vuestro Padre, que está en los cielos¹; vivid con decencia y honestidad, como espejo que sois de los fieles: *non in comessationibus et ebrietatibus, non in cubilibus et impudicitiiis, non in contentione et aemulatione*²; antes aparezcáis revestidos interiormente de Nuestro Señor Jesucristo, cuyo hábito exterior lleváis, como una protesta permanente contra los antojos de la sensualidad. Frutos hermosísimos de esa gracia interior y del carácter sacerdotal sean la *caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia y castidad*³. —Con vuestra doctrina; porque si á esas virtudes, que proceden de un corazón inflamado en caridad, como rayos de un foco de luz, añadís el celo en la predicación de la divina palabra, *brillaréis como estrellas por toda la eternidad*⁴ y *seréis tenidos por grandes en el reino de los cielos*⁵.

No otra fué la ocupación del Hijo de Dios sobre la tierra, resumida en dos palabras por el discípulo San Lucas: *facere et docere*⁶. Hacer y practicar toda justicia, y enseñar á todos la doctrina de su Padre. Ved con qué caridad reunía las turbas y les distribuía el pan de la divina palabra; ved con cuánta afabilidad atraía á los niños con sus miradas, los llamaba, les imponía

1 San Mateo, cap. v, vers. 16.

2 *Ad Rom.*, cap. xiii, vers. 13.

3 *Ad Galat.*, cap. v, vers. 22 y 23.

4 Daniel, cap. xii, vers. 3.

5 San Mateo, cap. v, vers. 19.

6 *Act. Apost.*, cap. i, vers. 1.

las manos y los estrechaba contra su corazón divino: *Dejad en paz á los niños y no les estorbéis de venir á mí, porque de los que son como ellos es el reino de los cielos*¹. ¡Qué palabras tan elocuentes! Los niños son santos, puesto que son el tipo de los predeterminados. ¿Con qué solicitud, hermanos míos, habréis de cultivar esas delicadas plantas? ¿Qué atención debéis consagrar á la obra del *Catecismo*, llamada á preservarlos de la corrupción del siglo? En el tenéis una institución admirable, legada á la diócesis por un gran prelado, y que, merced á vuestra abnegación, á vuestra constancia y á vuestra ilustración, se ha levantado entre nosotros á desconocida altura, os facilita el cumplimiento de vuestros deberes y produce frutos abundantísimos. ¿Qué sería de la generación presente sin esa labor de quince años que ha depositado en su seno la semilla de la ciencia de Dios?

Continuad inspirando á los niños la vida de la fe desde su temprana edad; enseñadles á honrar y á bendecir al Padre celestial, fuente de todo bien y remunerador bondadoso de los que le aman. Suplid con vuestro celo á la incuria y á la malignidad de tantos padres que, sin conciencia de sus deberes altísimos, enseñan á sus hijos á blasfemar del nombre santo de Dios antes que á conocerle y á alabarle. ¡Ay de los que así se conducen! *El que escandalizare*, dice el divino Maestro, *el que diere mal ejemplo á uno de estos parvulillos que creen en mí, mejor le sería que*

1 San Mateo, cap. xix, vers. 14.

*le colgasen del cuello una de esas piedras de molino que mueve un asno, y así fuese sumergido en el profundo de la mar*¹; porque preferible es á todas luces la muerte temporal á la eterna, para la cual prepara el escándalo; y *el que blasfemare el nombre del Señor morirá sin remedio*². Inculcad á esos padres sus deberes, y persuadidles además de que nunca serán honrados por sus hijos si no les enseñan á honrar el nombre santo de Dios, *de quien se deriva toda paternidad en el cielo y en la tierra*³.

Empero como *si el Señor no edifica la casa en vano se fatigan los que la fabrican*⁴, no nos limitemos, hermanos míos en el sacerdocio, á vivir en justicia y á predicar el reino de Dios; seamos además constantes en la oración, para que nuestra santidad y los trabajos de nuestro ministerio reciban de Dios el incremento deseado⁵. Las victorias que los hijos de Israel reportaron de los amalecitas, más que al esfuerzo de su brazo, debidas fueron á la oración de Moisés⁶; y la perseverancia en la fe, venciendo á cuantos enemigos la asaltan en nuestros días, más que á los recursos de nuestro ingenio y á la elocuencia de nuestra predicación, ha de confiarse á la eficacia de nuestras oraciones y de las oraciones de los fieles. Las

1 San Mateo, cap. XVIII, vers. 6.

2 *Levitic.*, cap. XXV, vers. 16.

3 *Ad Ephes.*, cap. III, vers. 15.

4 Salmo CXXIV, vers. 1.

5 *I Corinth.*, cap. III, vers. 6.

6 *Exodo*, cap. XVII, vers. 11.

religiosas particularmente han de ayudarnos en esta empresa santísima. Hostias pacíficas y propiciatorias, que se inmolan constantemente por los pecados ajenos; incienso purísimo que se consume ante el altar, y dirige al trono divino el perfume de perenne oración; no sabe el mundo cuánto les debe. Con el fuego de su caridad elevan al cielo el holocausto de toda la creación, y condensan sobre nuestras almas nubes de gracias que, como lluvia benéfica, descienden á ellas para fertilizarlas. Quien desconozca la eficacia de la vida contemplativa, dice un escritor nada sospechoso, quien no crea en la acción poderosa de la plegaria, tanto en el orden natural como en el orden divino, es semejante al rutinario labrador que menosprecia la lluvia del cielo porque dispone de un arroyo más ó menos abundante ¹.

Y vosotros todos, mis amados diocesanos, persuadidos de que la fe es ante todo un don gratuito de Dios, esforzaos en conservarla y en vivir de su divina savia. Es planta celestial que no se da en la tierra sino al abrigo del invernadero de una conciencia timorata. Si apreciáis su valor, no la expongáis al hielo de la duda, ni á los vientos de lecturas malsanas y de asociaciones tenebrosas que la Iglesia os prohíbe. No seáis temerarios, pues el que *busca el peligro*, nos advierte el Sabio, en él perece ². Como el cabeza de familia cierra las puertas de su casa al que intenta robarle la

¹ Don Juan Valera, en *Doña Luz*.

² *Eccl.*, cap. III, vers. 27.

honra, así la Iglesia, madre solícita y bondadosa, prohíbe á sus hijos la entrada en asociaciones secretas é ilegales, y la lectura de libros y de periódicos que tienden á arrebatárles el don preciosísimo de la fe. De lleno se equivocan los que, desobedeciendo á estos preceptos, se imaginan aún que llevan con honor el título de cristianos. La religión católica es esencialmente autoritaria, porque descansa en la palabra de Dios, en el magisterio de Dios, transmitido por la Iglesia; y *al que no oye á la Iglesia*, dice Jesucristo, *tenlo por gentil y publicano*¹, es decir, por idólatra y por infame.

De esperar es, sin embargo, que la enseñanza oficial y privada, y la prensa periódica de la diócesis, inspirándose en la importancia de estas verdades, penetradas de la alteza de su propio cometido y fieles á las tradiciones religiosas del Principado, sean poderoso auxiliar para la defensa y propagación de la fe, que todos hemos heredado de nuestros padres. Obra es ésta de interés general que demanda el concurso de toda buena voluntad. Dilatado campo se ofrece en otro terreno á sus lucubraciones y á su noble ambición de señalar nuevos derroteros al espíritu humano. El examen de los arduos problemas sociales, rentísticos y hasta políticos, que apasionan hoy á los espíritus; la discusión de los puntos controvertibles en las ciencias, las letras y las artes; las obras de interés general, como la agricultura, la industria, el comercio, las mejoras de ornato y de higiene pública, y cuantas disquisiciones ha Dios

¹ San Mateo, cap. XVIII, vers. 17.

abandonado á las disputas de los hombres¹, pueden ser objeto constante de las nobles lides del espíritu, sin que el obispo tenga para esos adeptos más que plácemes y bendiciones. Pero la religión católica, la fe en la doctrina de Jesucristo y de su Iglesia no es obra del hombre, y está por encima de las pasiones, de las opiniones y de la ciencia del hombre. Ni hay libertad posible que sin convertirse en rebelión pueda abrogarse el derecho de discutir lo que es de origen divino; porque la libertad es el derecho, circunscrito por el deber, y el primer deber del hombre público ó privado, escritor ó doctor, es el deber para con Dios, en cuya dependencia nace, vive y muere. Deber altísimo, eterno, inmutable, al cual no llega ninguna libertad, sea ésta de origen civil, natural ó divino. La tolerancia política, lejos de quitar la responsabilidad moral, la aumenta, porque ésta crece siempre en razón directa de los medios de acción de que dispone el hombre libre. Por eso el deber religioso, el deber de sumisión á Dios y á la Iglesia santa, circunscribe y limita todos derechos del hombre y es anterior á toda libertad. Del olvido de estas nociones nacen las colisiones que rompen el equilibrio de los ánimos y su concordia, porque la paz resulta sólo del imperio de la ley sobre las pasiones, como la salud depende de la concordia y conmesuración de los humores².

Planteles principales de operarios para esta obra

¹ *Eccle.* cap. III, vers. II.

² Santo Tomás, *Sum. Teol.*, 2-2, 29.

máxima que nos ocupa son los seminarios conciliares. Hallándose el de Oviedo en floreciente estado por la observancia disciplinar, la pureza y profundidad de la doctrina, lo selecto del profesorado y el número verdaderamente prodigioso de excelentes sacerdotes, que en período relativamente corto ha dado á la Iglesia de Dios, sólo le resta al Obispo conservar el esplendor de esa institución debida al celo de sus predecesores. Al lado de la ciencia genuina de Santo Tomás de Aquino, Patrono de las escuelas católicas, habrán de desarrollarse cuantos conocimientos humanos sean conducentes á sostener la fe y mantener el decoro del sacerdocio, coronados todos ellos por una piedad sólida é ilustrada. Pues si el clero ha de ser *la sal de la tierra y la luz del mundo*¹, preciso es que nada ignore de cuanto constituye el legítimo patrimonio de las ciencias.

La empresa es superior á mis fuerzas. Vuestro amor, mis amados diocesanos, á la observancia de la ley, y vuestra docilidad á las instrucciones del prelado la harán menos difícil; el celo, la ilustración y la prudencia del cabildo catedral, llamado por derecho y por costumbre á ser el senado del obispo, suplirá á la escasez de mis luces; y Dios, que por sus juicios inescrutables me ha llamado para regir esta santa é ínclita Iglesia², y *de quien* procede *toda dádiva preciosa y todo don perfecto*³, no ha de faltarme con su gracia

1 San Mateo, cap. v, vers. 3.

2 *Act. Apost.*, cap. xx, vers. 28.

3 Santiago, cap. i, vers. 17.

si unidos todos en caridad se lo pedimos por los méritos de su Hijo é intercesión de su Madre Inmaculada.

Sea, pues, María nuestra medianera: *Opus est mediatore ad mediatorem Christum, nec alter nobis utilior quam Maria*¹. Ella es la protectora especial de esta nobilísima provincia desde que hace más de diez siglos iniciaron nuestros padres en Covadonga, bajo su égida y con señales manifiestas de su auxilio, la epopeya grandiosa de la independendencia de la religion y de la patria. Si Covadonga es el principio de nuestra nacionalidad, la cuna de la monarquía, el monumento más venerable de la patria, es sobre todo y ante todo la ejecutoria nobilísima del principado de Asturias, y como el Sinaí en esta diócesis de la religion santa del Crucificado. Allí fuímos rescatados del ominoso yugo del islamismo, allí alcanzamos para siempre la protección de María, allí *hizo Jehová brillar la gloria y la grandeza de su nombre*². Y vosotros, nobles y generosos asturianos, israelistas de la ley de gracia, acaudillados por un nuevo Moisés, y fija la mirada en el éxodo de vuestra libertad, perpetuáis el beneficio con la erección de un tabernáculo á la gloria de Dios y al honor de nuestra Madre.—DEO EJUSQUE GENITRICI, OB PATRIAE LIBERATIONEM, PIA ASTURUM GRATITUDO.—Plegue al cielo que veamos realizado el pensamiento con el concurso de todos, para que todos tengáis derecho á nuevas bendiciones divinas y á nueva protección de María. ¡Que si

¹ San Bernardo, *Serm. de duobus Stellis*.

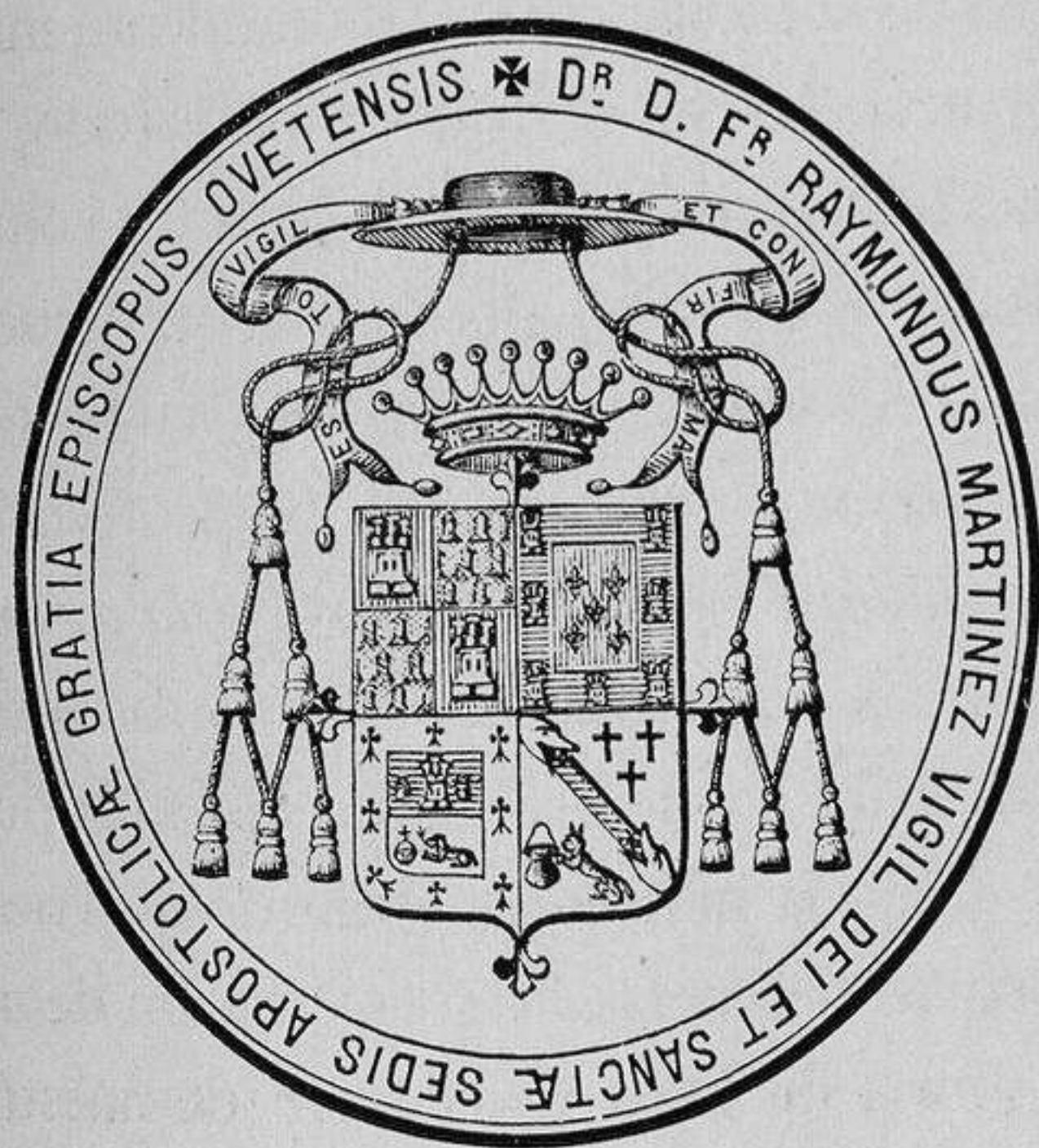
² *Exodo*, cap. xv, vers. i.

la idea es honrosa para la diócesis, la ejecución salvará la fe de nuestras almas y la libertad de nuestra patria!

Son los deseos vehementes de vuestro Pastor, que con toda la efusión de su alma os da, como presagio de bienes celestiales, la bendición episcopal. En el nombre ✠ del Padre ✠ y del Hijo ✠ y del Espíritu Santo. Amén.

Dado en Oviedo á 29 de Junio de 1884, día de la entrada en la capital de la diócesis.

Fr. Ramón, Obispo.



Por mandado de su Ilma. Rma. el Obispo mi señor,

Dr. Zenigno Rodríguez Pajares,

Canónigo Secretario.

Los señores Párrocos, Ecónomos y Rectores de las iglesias leerán esta Pastoral á los fieles en la misa mayor del primer día festivo posterior al recibo de la misma.

